

de escuelas, con algún mediano y reposado asiento. Y si al Señor le agradare servirse en esto de mí, su piedad lo dará.—Él lo dará, respondieron como á una Juliano y Sabino; pero esto se debe anteponer á todo lo demás.—Que se anteponga, dijo Marcelo, en buen hora, mas eso será después; agora tornemos á proseguir lo que está comenzado.—Y callando con esto los dos, y mostrándose atentos, Marcelo tornó á comenzar así:

Habemos dicho cómo los hombres nacemos segunda vez, y la razón y necesidad por qué nacemos así, y aquello en que este nacimiento consiste. Quédanos por decir la forma que tuvo y tiene Dios para hacerle, que es decir, lo que ha hecho para que seamos los hombres engendrados segunda vez. Lo cual es breve y largo juntamente. Breve, porque con decir solamente que hizo un otro hombre, que es Cristo hombre, para que nos engendrarse segunda vez, así como el primero hombre nos engendró la primera; queda dicho todo lo que es ello en sí; mas es largo, porque para que esto mismo se entienda bien y se conozca, es menester declarar lo que puso Dios en Cristo, para que con verdad se diga ser nuestro PADRE, y la forma cómo Él nos engendra. Y así lo uno como lo otro no se puede declarar brevemente.

Mas viniendo á ello, y comenzando de lo primero, digo que queriendo Dios, y placiéndole por su bondad infinita dar nuevo nacimiento á los hombres, ya que el primero por culpa de ellos era nacimiento perdido; porque de su ingenio es traer á su fin todas las cosas con suavidad y dulzura, y por los medios que su razón de ellas pide y demanda: queriendo hacer nuevos hijos, hizo convenientemente un nuevo PADRE, de quien ellos naciesen; y hacerle fué poner en él todo aquello que para ser PADRE universal es necesario y conviene. Porque lo primero, porque había de ser PADRE de hombres, ordenó que fuese hombre; y porque había de ser PADRE de hombres ya nacidos, para que tornasen á renacer, ordenó que fuese del mismo linaje y metal de ellos. Pero porque en esto se ofrecía una grande dificultad, que por una parte, para que renaciese de este nuevo PADRE nuestra sustancia mejorada, convenía que fuese él del mismo linaje y sustancia, y por otra parte estaba dañada é inficionada toda nuestra sustancia en el primero padre, y por la misma causa, tomándola de él

el segundo PADRE, parecía que la había de tomar así mismo dañada; y si la tomaba así, no pudiéramos nacer de él segunda vez, puros y limpios, y en la manera que Dios pretendía que naciésemos: así que ofreciéndose aquesta dificultad, el sumo saber de Dios, que en las mayores dificultades resplandece más, halló forma cómo este segundo PADRE, y fuese hombre del linaje de Adám, y no naciese con el mal y con el daño con que nacen los que nacemos de Adám. Y así le formó de la misma masa y descendencia de Adám; pero no como se forman los demás hombres, con las manos y obra de Adám, que es todo lo que daña y estraga la obra; sino formóle con las suyas mismas, y por sí solo, y por la virtud de su Espíritu, en las entrañas purísimas de la soberana Virgen descendiente de Adám. Y de su sangre y sustancia santísima, dándola ella sin ardor vicioso, y con amor de caridad encendido, hizo el segundo Adám, y PADRE nuestro universal, de nuestra sustancia, y ajeno del todo de nuestra culpa, y como panal virgen, hecho con las manos del cielo de materia pura, ó por mejor decir, de la flor de la pureza misma y de la virginidad. Y esto fué lo primero.

Y demás de esto, procediendo Dios en su obra, porque todas las cualidades que se descubren en la flor y en el fruto, conviene que estén primero en la semilla, de donde la flor nace y el fruto; por eso en este, que había de ser la origen de esta nueva y sobrenatural descendencia, asentó y colocó abundantísima, ó infinitamente, por hablar más verdad, todo aquello bueno en que habíamos de renacer todos los que naciésemos de Él, la gracia, la justicia, el espíritu celestial, la caridad, el saber, con todos los demás dones del Espíritu Santo: y asentólos como en principio con virtud y eficacia, para que naciesen de Él en otros, y se derivasen en sus descendientes, y fuesen bienes que pudiesen producir de sí otros bienes. Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nacen de Él, sino también esos mismos que nacen, antes que nazcan en sí, están en su principio como en virtud; por tanto convino también, que los que nacemos de este divino PADRE, estuviésemos primero puestos en Él como en nuestro principio, y como en simiente, por secreta y divina virtud, y Dios lo hizo así.

Porque se ha de entender, que Dios por una manera de unión espiritual é inefable juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en Él á todos sus miembros; y los mismos que cada uno en su tiempo vienen á ser en sí mismos, y á renacer y vivir en justicia, y los mismos que después de la resurrección de la carne justos y gloriosos, y por todas partes deificados, diferentes en personas, serémos unos en espíritu, así entre nosotros, como con Jesucristo, ó por hablar con más propiedad, serémos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original, estuvimos en Él antes que renaciésemos, por obra y por artificio de Dios, que le plugo ayuntarnos á sí secreta y espiritualmente con quien había de ser nuestro principio, para que con verdad lo fuese, y para que procediésemos de Él, no naciendo según la sustancia de nuestra humana naturaleza, sino renaciendo según la buena vida de ella, con el espíritu de justicia y de gracia. Lo cual demás de que lo pide la razón de ser PADRE, consiguiese necesariamente á lo que antes de esto dijimos. Porque si puso Dios en Cristo espíritu y gracia principal, esto es, en sumo y eminente grado, para que de allí se engendrara el nuevo espíritu y la nueva vida de todos; por el mismo caso nos puso á todos en Él, según aquesta razón. Como en el fuego que tiene en sumo grado el calor, y es por eso la fuente de todo lo que es en alguna manera caliente, está todo lo que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en su fuente y principio.

Mas por sacarlo de toda duda, será bien que lo probemos con el dicho y testimonio del Espíritu santo. San Pablo, movido por Él, en la carta que escribe á los Efesios dice lo que ya he alegado antes de agora (Ad Ephes., c. I, v. 10): Que Dios en Cristo recapituló todas las cosas. Adonde la palabra del texto griego es palabra propia de los contadores, y significa lo que hacen cuando muchas y diferentes partidas las reducen á una, lo cual llamamos en castellano *sumar*. Adonde en la suma están las partidas todas, no como antes estaban ellas en sí divididas, sino como en suma y virtud. Pues de la misma manera dice San Pablo, que Dios sumó todas las cosas en Cristo, ó que Cristo es como una suma de todo, y por consiguiente está en Él puesto todo y ayuntado por Dios espiritual y secretamente, según aquella manera, y según

aquel ser en que todo puede ser por Él reformado, y como si dijésemos, reengendrado otra vez; como el efecto está unido á su causa antes que salga de ella, y como el ramo en su raíz y principio. Pues aquella consecuencia que hace el mismo San Pablo diciendo (II. ad Corinth., c. v, v. 14): *Si Cristo murió por todos, luego todos morimos*; notoria cosa es que estriba, y que tiene fuerza en aquesta unión que decimos. Porque muriendo Él, por eso morimos, porque estábamos en Él todos en la forma que he dicho. Y aun esto mismo se colige más claro de lo que á los Romanos escribe (Ad Rom., c. vi, v. 6). *Sabemos*, dice, *que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con El*. Si fué crucificado con Él, estaba sin duda en Él, no por lo que tocaba á su persona de Cristo, la cual fué siempre libre de todo pecado y vejez, sino porque tenía unidas y juntas consigo mismo nuestras personas por secreta virtud.

Y por razón de esta misma unión y ayuntamiento se escribe en otro lugar (I. Petr., c. II, v. 24) de Cristo, que nuestros pecados todos los subió en sí, y los enclavó en el madero. Y lo que á los Efesios escribe San Pablo (Ad Ephes., c. II, vv. 5 y 6), que *Dios nos vivificó en Cristo y nos resucitó con El juntamente, y nos hizo sentar juntamente con El en los cielos*: aun antes de la resurrección y glorificación general, se dice y escribe con grande verdad, por razón de aquesta unidad. Dice Isaías (Isai., c. LXXIII, v. 5), que *puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros*, y que su *cardenal nos dió salud*. Y el mismo Cristo, estando padeciendo en la cruz, con alta y lastimera voz dice (Matth., c. XXVII, v. 46. Marc., c. XXV, v. 34): *Dios mio, Dios mio, por qué me desamparaste? lejos de mi salud las voces de mis pecados*; así como tanto antes de su pasión lo había profetizado y cantado David (Ps. 21, v. 2). Pues cómo será aquesta verdad, si no es verdad que Cristo padecía en persona de todos, y por consiguiente que estábamos en Él ayuntados todos por secreta fuerza, como están en el PADRE los hijos y los miembros en la cabeza? No dice el Profeta (Isai., cap. IX, v. IV), que trae este rey *sobre sus hombros su imperio*? Mas qué imperio? pregunto. El mismo rey lo declara, cuando en la parábola de la oveja perdida (Matth., XVIII, 12; Luc. XV, v. 4) dice, que para reducirla la puso sobre sus hombros. De

manera que su imperio son los suyos, sobre quien él tiene mando, los cuales trae sobre sí, porque para reengendrarlos y salvarlos los ayuntó primero consigo mismo. San Agustín sin duda dícelo así escribiendo sobre el Salmo veinte y uno alegado, y dice de esta manera: (1) *Y por qué dice eso, sino porque nosotros estábamos allí también en Él?*

Mas excusados son los argumentos, adonde la verdad ella misma se declara á sí misma. Oigamos lo que Cristo dice en el sermón de la cena (Joan., c. xiv, v. 20): *En aquel dia conoceréis* (y hablaba del dia en que descendió sobre ellos el Espíritu santo) así que *en aquel dia conoceréis que Yo estoy en mi PADRE y vosotros en mí.* De manera que hizo Dios á Cristo PADRE de este nuevo linaje de hombres, y para hacerle PADRE, puso en Él todo lo que al ser padre se debe; la naturaleza, conforme á los que de él han de nacer; y los bienes todos que han de tener los que en esta manera nacieren; y sobre todo á ellos mismos, los que así nacerán, encerrados en Él y unidos con Él como en virtud y en origen.

Mas ya que habemos dicho cómo puso Dios en Cristo todas las partes y virtudes de padre, pasemos á lo que nos queda por decir, y habemos prometido decirlo, que es la manera como aqueste PADRE nos engendró. Y declarando la forma de esta generación, quedará más averiguado y sabido el misterio secreto de la unión sobredicha: y declarando cómo nacemos de Cristo, quedará claro, cómo es verdad que estábamos en Él primero. Pero convendrá para dar principio á aquesta declaración, que volvamos un poco atrás con la memoria, y que pongamos en ella, y delante de los ojos del entendimiento, lo que arriba dijimos del espíritu malo con que nacemos la primera vez, y de cómo se nos comunicaba primero en virtud, cuando nosotros también teníamos el ser en virtud, y estábamos como encerrados en nuestro principio, y después en expresa realidad, cuando saliendo de él, y viniendo á esta luz, comenzamos á ser en nosotros mismos. Porque se ha de entender, que este segundo PADRE, como vino á deshacer los males que hizo el primero, por las pisadas que fué dañando el otro, por esas mismas procede Él haciéndonos bien. Pues

(1) Epist. cxi, n. 18.

digo así, que Cristo nos reengendró y cualificó primero en sí mismo como en virtud, y según la manera como en Él estábamos juntos, y después nos engendra y renueva á cada uno por sí, y según el efecto real.

Y digamos de lo primero. Adám puso en nuestra naturaleza y en nosotros, según que en él estábamos, el espíritu del pecado y la desorden, desordenándose él á sí mismo, y abriendo la puerta del corazón á la ponzoña de la serpiente, y aposentándola en sí y en nosotros. Y ya desde aquel tiempo, cuanto fué de su parte de él, comenzamos á ser, en la forma que entónces éramos, inficionados y malos. Cristo nuestro bienaventurado PADRE dió principio á nuestra vida y justicia, haciendo en sí primero lo que en nosotros había de nacer y parecer después. Y como quien pone en el grano la calidad con que desea que la espiga nazca; así teniéndonos á todos juntos en sí, en la forma que habemos ya dicho, con lo que hizo en sí, cuanto fué de su parte, nos comenzó á hacer, y á calificar en origen tales, cuales nos había de engendrar después en realidad y en efecto.

Y porque este nacimiento y origen nuestro, no era primer origen, sino nacimiento después de otro nacimiento, y de nacimiento perdido y dañado; fué necesario hacer, no sólo lo que convenia para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer también lo que era menester para quitarnos el mal espíritu con que habíamos venido á la vida primera. Y como dicen del maestro que toma para discípulo al que está ya mal enseñado, que tiene dos trabajos; uno en desarraigar lo malo, y otro en plantar lo bueno: así Cristo nuestro bien y Señor hizo dos cosas en sí, para que hechas en sí, se hiciesen en nosotros los que estamos en Él; una para destruir nuestro espíritu malo, y otra para criar nuestro espíritu bueno. Para matar el pecado, y para destruir el mal y la desorden de nuestro origen primero, murió Él en persona de todos nosotros, y cuanto es de su parte, en Él recibimos todos muerte, así como estábamos todos en Él, y quedamos muertos en nuestro PADRE y cabeza, y muertos para nunca vivir más en aquella manera de ser y de vida. Porque según aquella manera de vida pasible, y que tenía imagen y representación de pecado, nunca tornó Cristo nuestro PADRE y ca-

beza á vivir, como el Apóstol lo dice (Ad Rom. cap. vi, v. 10.): *Si murió por el pecado, ya murió de una vez; si vive, vive ya á Dios.* Y de aquesta primera muerte del pecado, y del viejo hombre, que se celebró en la muerte de Cristo, como general y como original para los demás, nace la fuerza de aquello que dice y arguye San Pablo, cuando escribiendo á los Romanos, les amonesta que no pequen, y les extraña mucho el pecar; porque dice (Ad Rom. cap. vi, vv. 1, 2, 6.): *Pues qué diremos? convendrá perseverar en el pecar, para que se acreciente la gracia? En ninguna manera. Porque los que morimos al pecado, cómo se compadece que vivamos en él todavía?* Y después de algunas palabras declarándose más: *Porque habéis de saber esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y para que no sirvamos más al pecado.* Que es como decirles, que cuando Cristo murió á la vida pasible, y que tiene figura de pecadora, murieron ellos en Él para todo lo que es esa manera de vida. Por lo cual, que pues murieron allí á ella por haber muerto Cristo, y Cristo no tornó después á semejante vivir; si ellos están en Él, y si lo que pasó en Él, eso mismo se hizo en ellos, no se compadece en ninguna manera, que ellos quieran tornar á ser lo que, según que estuvieron en Cristo, dejaron de ser para siempre.

Y á esto mismo pertenece y mira lo que dice en otro lugar (Ad Rom. cap. vii, v. 4.): *Así que, hermanos, vosotros ya estáis muertos á la ley por medio del cuerpo de Cristo.* Y poco después (Ad Rom. cap. viii, v. 3.): *Lo que la ley no podía hacer, y en lo que se mostraba flaca por razón de la carne; Dios enviando á su Hijo en semejanza de carne de pecado, del pecado condenó el pecado en la carne.* Porque como habemos ya dicho, y conviene que muchas veces se diga, para que repitiéndose se entienda mejor, procedió Cristo á esta muerte y sacrificio aceptísimo que hizo de sí, no como una persona particular, sino como en persona de todo el linaje humano, y de toda la vejez de él, y señaladamente de todos aquellos á quien de hecho había de tocar el nacimiento segundo, los cuales por secreta unión del espíritu había puesto en sí, y como sobre sus hombros, y así lo que hizo entonces en sí cuanto es de su parte, quedó hecho en todos nosotros.

Y que Cristo haya subido á la cruz como persona pública, y en la manera que digo, aunque está ya probado, pruébase más con lo que Cristo hizo, y nos quiso dar á entender en el sacramento de su cuerpo, que debajo de las especies de pan y vino consagró ya vecino á la muerte. Porque tomando el pan, y dándolo á sus discípulos, les dijo de esta manera (Matth. cap. xxvi, v. 26.): *Este es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros.* Dando claramente á entender, que su cuerpo verdadero estaba debajo de aquellas especies, y que estaba en la forma que se había de ofrecer en la cruz, y que las mismas especies de pan y vino declaraban y eran como imagen de la forma en que se había de ofrecer. Y que así como el pan es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos, esto es, de muchos granos, que perdiendo su primera forma, por la virtud del agua y del fuego hacen un pan: así nuestro pan de vida, habiendo ayuntado á sí por secreta fuerza de amor y de espíritu la naturaleza nuestra, y habiendo hecho como un cuerpo de sí y de todos nosotros, de sí en realidad de verdad, y de los demás en virtud; no como una persona sola, sino como un principio que las contenía todas, se ponía en la cruz. Y que como iba á la cruz abrazado con todos, así se encerraba en aquellas especies, para que ellas con su razón, aunque ponían velo á los ojos, alumbrasen nuestro corazón de continuo, y nos dijese que contenían á Cristo debajo de sí, y que lo contenían, no de cualquier manera, sino de aquella como se puso en la cruz, llevándonos á nosotros en sí, y hecho con nosotros por espiritual unión uno mismo; así como el pan, cuyas ellas fueron, era un compuesto hecho de muchos granos.

Así que aquellas unas y mismas palabras dicen juntamente dos cosas: una, este que parece pan es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros: otra, como el pan que al parecer está aquí, así es mi cuerpo que está aquí, y que por vosotros será á la muerte entregado. Y esto mismo como en figura declaró el santo mozo Isaac (Gen. c. xxii, v. 6.), que caminaba al sacrificio, no vacío, sino puesta sobre sus hombros la leña que había de arder en él. Porque cosa sabida es, que en el lenguaje secreto de la Escritura, el leño seco es imagen del pecador. Y ni más ni menos en los cabrones que

el Levítico (Levit. cap. VIII, v. 14.) sacrifica por el pecado, que fueron figura clara del sacrificio de Cristo, todo el pueblo pone primero sobre las cabezas de ellos las manos; porque se entienda, que en este otro sacrificio nos llevaba á todos en sí nuestro PADRE y cabeza. Mas qué digo de los cabrones? porque si buscamos imágenes de aquesta verdad, ninguna es más viva ni más cabal, que el sumo pontífice de la ley vieja, vestido de pontifical para hacer sacrificio. Porque como San Jerónimo dice (1), ó por decir verdad, como el Espíritu santo lo declara en el libro de la Sabiduría (Sapient. cap. XVII, v. 24.), aquel pontifical así en la forma de él, como en las partes de que se componía, y en todas sus colores y cualidades era como una representación de la universalidad de las cosas: y el sumo sacerdote vestido de él, era un mundo universo: y como iba á tratar con Dios por todos, así los llevaba todos sobre sus hombros. Pues de la misma manera Cristo, sumo y verdadero sacerdote, para cuya imagen servía todo el sumo sacerdocio pasado, cuando subió al altar de la cruz á sacrificar por nosotros, fué vestido de nosotros mismos en la forma que dicho es; y sacrificándose á sí, y á nosotros en sí, dió fin de esta manera á nuestra vieja maldad.

Habemos dicho lo que hizo Cristo para desarraigar de nosotros nuestro primero espíritu malo; digamos agora lo que hizo en sí, para criar en nosotros el hombre nuevo, y el espíritu bueno, esto es, para después de muertos á la vida mala, tornarnos á vida buena, y para dar principio á nuestra segunda generación. Por virtud de su divinidad, y porque según ley de justicia no tenía obligación á la muerte, por ser su naturaleza humana de su nacimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo: y como dice San Pedro (Actor. cap. II, v. 24.), no fué posible ser detenido de los dolores de la sepultura, y así resucitó vivo el día tercero: y resucitó no en carne pasible, y que tuviese representación de pecado, y que estuviese sujeta á trabajos, como si tuviera pecado; que aquello murió en Cristo para jamás no vivir; sino en cuerpo incorruptible y glorioso, y como engendrado

(1) Ep. ad Fabiol. de vest. sacer. Oper. ed. Maur. Paris. 1699. t. II. col. 583.

por solas las manos de Dios. Porque así como en el primer nacimiento suyo en la carne cuando nació de la Virgen, por ser su PADRE Dios sin obra de hombre, nació sin pecado; mas por nacer de madre pasible y mortal, nació Él semejantemente hábil á padecer y morir, asemejándose á las fuentes de su nacimiento, á cada una en su cosa: así en la resurrección suya que decimos agora, la cual la sagrada Escritura también llama nacimiento ó generación, como en ella no hubo hombre que fuese padre ni madre, sino Dios solo, que la hizo por sí, y sin ministerio de alguna otra causa segunda, salió todo como de mano de Dios, no sólo puro de todo pecado, sino también de la imagen de él, esto es, libre de pasibilidad y de la muerte, y juntamente dotado de claridad y de gloria. Y como aquel cuerpo fué reengendrado solamente por Dios, salió con las calidades y con los semblantes de Dios, cuanto le son á un cuerpo posibles. Y así se precia Dios de este hecho, como de hecho solamente suyo. Y así dice en el Salmó (Ps. II, v. 5.): *Yo soy el que hoy te engendré.*

Pues decimos agora, que de la manera que dió fin á nuestro viejo hombre muriendo; porque murió Él por nosotros, y en persona de nosotros, que por secreto misterio nos contenía en sí mismo, como nuestro PADRE y cabeza: por la misma razón, tornando Él á vivir, renació con Él nuestra vida. Vida llamo aquí la de justicia y de espíritu, la cual comprende no solamente el principio de la justicia, cuando el pecador que era, comienza á ser justo, sino el crecimiento de ella también, con todo su proceso y perfección, hasta llegar el hombre á la inmortalidad del cuerpo, y á la entera libertad del pecado. Porque cuando Cristo resucitó, por el mismo caso que Él resucitó, se principió todo esto en los que estábamos en Él como en nuestro principio. Y así lo uno como lo otro lo dice breve y significativamente San Pablo diciendo (Ad Rom. c. IV, v. 25.): *Murió por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación.* Como si más extendidamente dijera, tomónos en sí, y murió como pecador, para que muriésemos en Él los pecadores; y resucitó á vida eternamente justa é inmortal y gloriosa, para que resucitásemos nosotros en Él á justicia, y á gloria, y á inmortalidad. Mas por ventura no resucitamos nosotros con Cristo? Él mismo Apóstol lo diga

(Ad Ephes. cap. ii, vv. 5, 6.): *F nos dió vida, dice hablando de Dios, juntamente con Cristo: y nos resucitó con Él, y nos asentó sobre las cumbres del cielo.* De manera que lo que hizo Cristo en sí, y en nosotros, según que estábamos entonces en Él, fué aquesto que he dicho.

Pero no por eso se ha de entender, que por esto sólo quedamos de hecho, y en nosotros mismos ya nuevamente nacidos y otra vez engendrados, muertos al viejo pecado, y vivos al espíritu del cielo y de la justicia: sino allí cómenzamos á nacer, para nacer de hecho después. Y fué aquello como el fundamento de aqueste otro edificio. Y para hablar con más propiedad, del fruto noble de justicia y de inmortalidad que se descubre en nosotros, y se levanta y crece, y traspasa los cielos, aquellas fueron las simientes y las raíces primeras. Porque así como no embargante que cuando pecó Adán todos pecamos en él, y concebimos espíritu de ponzoña y de muerte, para que de hecho nos inficione el pecado, y para que este mal espíritu se nos infunda, es menester que también nosotros nazcamos de Adán por orden natural de generación: así por la misma manera, para que de hecho en nosotros muera el espíritu de la culpa, y viva el de la gracia y el de la justicia, no basta aquel fundamento, y aquella semilla y origen; ni con lo que fué hecho en nosotros en la persona de Cristo, con eso, sin más hacer ni entender en las nuestras, somos ya en ellas justos y salvos, como dicen los que desatinan agora; sino es menester que de hecho nazcamos de Cristo, para que por este nacimiento actual se derive á nuestras personas, y se asiente en ellas aquello mismo que ya se principió en nuestro origen. Y aunque usemos de una misma semejanza más veces, como á la espiga, aunque está cual ha de ser en el grano, para que tenga en sí aquello que es, y sus cualidades todas, y sus figuras, le conviene que con la virtud del agua y del sol salga del grano naciendo: así mismo también no comenzaremos á ser en nosotros, cuales en Cristo somos, hasta que de hecho nazcamos de Cristo.

Mas preguntará por caso alguno, en qué manera naceremos? ó cuál será la forma de aquesta generación? Hemos de tornar al vientre de nuestras madres de nuevo, como ma-

travillado de aquesta nueva doctrina preguntó Nicodemus? (Joan. cap. iii. v. 5.) O vueltos en tierra, ó consumidos en fuego renaceremos como el ave Fénix (1) de nuestras cenizas? Si este nacimiento nuevo fuera nacer en carne y en sangre, bien fuera necesaria alguna de estas maneras: mas como es nacer en espíritu, hácese con espíritu, y con secreta virtud. *Lo que nace de la carne*, dice Cristo en este mismo propósito (Joan. cap. iii. v. 6.) *carne es; y lo que nace del espíritu, espíritu es.* Y así lo que es espíritu, ha de nacer por orden y fuerza de espíritu. El cual celebra esta generación en esta manera.

Cristo por la virtud de su espíritu pone en efecto actual en nosotros aquello mismo que comenzamos á ser en Él, y que Él hizo en sí para nosotros, esto es, pone muerte á nuestra culpa quitándola del alma; y aquel fuego ponzoñoso que la serpiente inspiró en nuestra carne, y que nos solicita á la culpa, amortíguale, y pónale freno agora, para después en el último tiempo matarle del todo: y pone también simiente de vida, y como si dijésemos, un grano de su espíritu y gracia, que encerrado en nuestra alma, y siendo cultivado como es razón, vaya después creciendo por sus términos, y tomando fuerzas, y levantándose hasta llegar á la medida, como dice San Pablo (Ad Ephes. cap. iv, v. 13.) de varón perfecto. Y poner Cristo en nosotros esto, es nosotros nacer de Cristo en realidad y verdad. Mas está en la mano la pregunta y la duda. Pone por aventura Cristo en todos los hombres aquesto? ó pónelo en todas las sazones y tiempos? ó en quién y cuándo lo pone? Sin duda no lo pone en todos, ni en cualquiera forma y manera, sino sólo en los que nacen de Él, y nacen de él los que se bautizan: y en aquel sacramento se celebra y pone en obra aquesta generación. Por manera que tocando al cuerpo el agua visible, y obrando en lo secreto la virtud de Cristo invisible, nace el nuevo Adán, quedando muerto y sepultado el anti-

(1) Acomódase al común sentir de las gentes. Pero en realidad no hay ni hubo jamás tal ave Fénix. El que quiera ver rechazada esta fábula, su origen y progresos, lea la *Historia crítica de las prácticas supersticiosas* del P. Pedro Le Brun, tom. 1, cap. 5. y el *Ensayo sobre los errores supersticiosos* de Tomás Brown, tom. 1, lib. 3, cap. 12.